

**Guillermo HURTADO: *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México del siglo XX, México: Siglo XXI 2007, 276pp.***

En *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México del siglo XX*, Guillermo Hurtado plantea la necesidad de hacer una *re-lectura* de la historia de la filosofía en Latinoamérica. La justificación es clara. La filosofía general latinoamericana del siglo XX, pero sobre todo la realizada en México, se ha visto enfrascada en una dicotomía simbolizada por las figuras del búho y la serpiente que la han llevado en varias ocasiones a quedar retraída de las comunidades filosóficas mundiales.

El primer elemento de la dicotomía, simbolizado por el búho, con su mirada puesta en el cielo, se ha ocupado por enfocarse en filosofías desarrolladas fuera de México, importando todos sus conocimientos; mientras que el segundo elemento, simbolizado por la serpiente, atada por su condición al suelo, ha embebido su visión en la realidad mexicana.

El primer tipo de filosofía es llamado “modelo modernizador” teniendo a su vez cuatro etapas cronológicas: el modelo positivista; el modelo germánico integrado por la etapa neokantista, historicista, fenomenológica y existencialista; el modelo marxista y, finalmente, el modelo analítico.

En México, estas etapas filosóficas han tenido como rasgo común un interés, al parecer mal dirigido, en sistemas filosóficos foráneos cayendo, por tanto, en algunos vicios que a su vez han afectado el desarrollo de la filosofía en América Latina. Al importar las filosofías que los fundamentan, han tenido etapas de aprendizaje muy prolongadas —incluso hasta el punto de convertirse en meras repeticiones— sin llegar nunca a una discusión rigurosa con esas ideas. Esta falta de diálogo crítico ha conllevado a que las pequeñas comunidades filosóficas de México se aparten de las comunidades mundiales, pues éstas últimas sólo ven repeticiones de sus ideas que, aunque a veces han intentado ser críticas, realmente no plantean una posibilidad dialógica.

El segundo tipo o “modelo de la autenticidad”, por el contrario, ha tenido como objetivo reafirmar lo nacional, hacer filosofías “propias” o auténticas para no ser absorbidos por sistemas extranjeros que, desde su punto de vista, dicen poco a la realidad del mexicano.

Este afán de autenticidad y *originariedad*, nos dice el autor, ha provocado que tampoco haya diálogo con otras comunidades filosóficas pues esas etapas del filosofar se han caracterizado por carecer de una tradición o memoria filosófica desde la cual partir.

Es así pues, que Hurtado entrega al lector una rápida visión crítica de ambos modelos para resaltar sus aciertos, señalar sus defectos e intentar poner una solución práctica que permita superar la dicotomía tomando lo mejor de cada modelo.

Para Hurtado está claro lo que sería necesario retomar del modernizador, pues éste, más allá de sus defectos, se caracterizaba por una búsqueda constante de rigor en la actividad filosófica, así como su interés en la novedad. Por su parte, del modelo de la autenticidad debe resaltarse su búsqueda de independencia intelectual, el interés por mantener cierta coherencia o empatía entre la filosofía y la realidad y, finalmente, su carácter liberador.

Éstas tendrían que ser algunas de las notas que la filosofía en México tendría que tomar en cuenta para superar la dicotomía y poder aspirar a un desarrollo más riguroso y universalizable, pero con carácter originario y de reflexión propia.

En síntesis, y retomando lo que ya muchos autores han dicho, la filosofía desarrollada en México debe aspirar a ser originaria (rescatar su circunstancia a la vez que la tradición), pretender contribuir a las ideas y comunidades mundiales y tener solidez, rigor y claridad.

Aunque el autor está consciente que solucionar el problema requeriría no sólo de ideas, sino de verdaderas cuestiones prácticas que permitieran a la filosofía de México fomentar la creación de comunidades filosóficas rigurosas con diálogo interno y externo, las soluciones que plantea en el aspecto práctico son, en nuestra opinión, limitadas.

Algunas de estas ideas se podrían resumir en una consolidación de varias tradiciones filosóficas con sus consiguientes comunidades; un replanteamiento o regreso crítico a la tradición para tener las bases para acceder a las novedades. Todo esto, nos dice, se podría realizar a través de reformas en los planes de estudio, así como a través de instituciones

filosóficas que generen, promuevan y mantengan el diálogo interno y externo.

La segunda parte de *El búho y la serpiente* hace un recorrido breve sobre las que, de acuerdo a la visión de Hurtado, serían las etapas más importantes de la filosofía en México en el siglo XX, haciendo de cada una un acercamiento crítico.

El capítulo comienza con Antonio Caso y sus disertaciones sobre la democracia en México, donde se da cuenta que desde ese momento ya se vislumbraba una crítica a dos propuestas democráticas dicotómicas. Por un lado Antonio Caso se enfrenta a la visión democrática de los jacobinos, mientras que por el otro, a la de los positivistas. Los primeros, cegados por el ideal democrático, pierden contacto con la realidad mexicana. Los segundos, al ser demasiados realistas, olvidan el ideal democrático. Al final de la sección el autor recupera la visión democrática casiana enmarcada por su ideal moral de la caridad, así como las ideas que deberían tomarse en cuenta para el establecimiento de la democracia en nuestros tiempos.

En seguida continúa con el grupo Hiperión, exaltando sus ideales filosófico-sociales enraizados en el estudio de la realidad mexicana y por tanto comprometidos con su condición. De acuerdo al autor, es en este momento filosófico donde se nota el compromiso social que adquirieron los filósofos del grupo Hiperión desarrollando no sólo estudios para el campo teórico, sino más aún enfocados en la acción liberadora que sus circunstancias sociales, culturales, políticas e históricas les exigían.

La segunda parte termina con un repaso breve de la filosofía indigenista de Luis Villoro, donde vale la pena resaltar la discusión sobre las posibilidades de una incorporación cultural de los pueblos indígenas a la sociedad mexicana. Algunos de los filósofos anteriores a Villoro consideraban que la cultura indígena no debía ser un referente para definir el ser del mexicano, pues éste se vislumbra como algo distinto de lo indígena y a la vez distinto de lo español, fuera por tanto, de cualesquiera de ambos círculos. Villoro es uno de los autores que retoma la discusión y propone dos posturas: o el mestizo y el indígena dejan de ser lo que son para integrarse y uniformarse en otra categoría, como la del proletariado,

o no dejan de ser lo que son para que esas diferencias sean las que los unan a través del “indigenismo del amor”.

Hurtado no profundiza más sobre el tema y se limita a decir que si bien las posturas han cambiado, lo que vale la pena retomar de Villoro sería el análisis de los momentos indigenistas que se habían experimentado en México hasta esa fecha para continuar estudiando los cambios trazados en los últimos años.

La tercera parte de *El búho y la serpiente* continúa con la reflexión crítica de otras etapas del filosofar en México tales como el neokantismo y la filosofía analítica. De la primera menciona principalmente el nombre de Francisco Larroyo y hace un repaso de la poca resonancia que tuvo el neokantismo en México analizando las razones para que se diera de esta manera. De acuerdo a Hurtado, el poco eco que tuvo esta filosofía en México no demerita su valor en la historia de las ideas filosóficas de México, pues con el neokantismo se dio no sólo el inicio de una filosofía en respuesta a los autores e ideas que permeaban en México, sino más aún, la pretensión de hacer de la labor filosófica una actividad rigurosa y con pretensiones científicas.

El interés de rigurosidad y claridad continúa, nos explica el autor, con el nacimiento de la filosofía científica y analítica teniendo ésta como figura principal a Eduardo García Máynez, quien desarrollará un sistema de lógica jurídica a tal grado que le permite ser un iniciador de esta rama, y aunque con algunas limitaciones, dialogar con otros autores europeos.

Finalmente, la tercera parte concluye con una discusión sobre si México ha entrado a la posmodernidad o sigue rezagado en la modernidad. Más que hablar sobre si cumplimos o no con las características que definirían a un país como posmoderno, Hurtado se pregunta sobre la utilidad de tal cuestionamiento, pues se da cuenta que los términos *moderno* y *posmoderno* serían no unívocos, sino análogos. Por esta razón, no tendría sentido basar nuestras conclusiones en una comparación directa y tajante con otros países. En todo caso, seríamos modernos o posmodernos pero con semejanzas y diferencias a la modernidad o posmodernidad vivida en otros lugares.

Hurtado analiza los momentos modernos que se han vivido en México para entender las categorías con las que se debería juzgar a México. Concuerta con otros autores en que, con respecto a la posmodernidad que existe en otras regiones, en México se vive un rezago en varios aspectos tales como el cultural, el científico, el tecnológico y sin duda el político, como consecuencia de las carencias de nuestro sistema democrático liberal. Aún así, nos dice, sería necesario tratar de entender la cultura mexicana para examinar nuestra condición a la luz de nuestras propias categorías y evitar, por tanto que la catalogación de posmoderno sea meramente artificial. Todo lo anterior sería la tarea a realizar por cualquier persona interesada en el estudio de la realidad mexicana.

*Leslie Flores*  
*Universidad Panamericana*